

Jeffrey Weeks. (1998). Sexualidad. México D.F.: Paidós, PUEG, UNAM.  
Capítulo 2: La invención de la sexualidad (pp. 21-46)

## 2. LA INVENCIÓN DE LA SEXUALIDAD

*...la sexualidad puede pensarse, experimentarse y actuarse de manera diferente de acuerdo con la edad, la clase, el grupo étnico, la capacidad física, la orientación y preferencia sexuales, la religión y la región.*  
Carole S. Vance<sup>1</sup>

### BREVE HISTORIA DE LA HISTORIA DE LA SEXUALIDAD

Cuando empecé a escribir acerca de la historia de la sexualidad, me gustaba usar una frase del historiador estadounidense Vern Bullough: que el sexo en la historia era un “campo virgen”.<sup>2</sup> Esto puede haber sido un dudoso juego de palabras, pero era útil para subrayar una realidad importante, que por lo general se ha pasado por alto. Se hablaba y se escribía mucho sobre la “sexualidad”, pero nuestro conocimiento histórico al respecto era bastante insignificante. Los posibles colonizadores que se aventuraban en este campo tendían a presentar generalizaciones transculturales (“la historia de una larga guerra entre los impulsos peligrosos y poderosos y los sistemas de tabúes e inhibiciones que el hombre ha erigido para controlarlos”<sup>3</sup>) o bien a incluir el tema bajo rótulos más neutrales y aceptables (sobre todo “matrimonio” y “moral”). El sexo parecía marginal a los amplios terrenos de la historia ortodoxa.

Durante el último decenio han cambiado muchas cosas, a veces radicalmente. Ha habido una relativa abundancia de textos históricos acerca del sexo. Ahora sabemos mucho sobre temas como el matrimonio y la familia, la prostitución y la homosexualidad, las formas de reglamentación legal y médica, los códigos morales precristianos y no cristianos, el cuerpo y la salud de la mujer, la ilegitimidad y el control de la natalidad, la violación y la violencia sexual, la evolución de identidades sexuales y la im-

<sup>1</sup> Carole S. Vance (comp.), *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*, Boston y Londres, Routledge & Kegan Paul, 1984, p. 17. [Véase n. 7 del cap. 1 para la referencia de la versión en castellano.]

<sup>2</sup> Vern L. Bullough, *Sex, Society and History*, Nueva York, Science History Publications, 1976 (el ensayo “Sex in History: A Virgin Field” fue publicado por primera vez en 1972).

<sup>3</sup> Gordon Rattray Taylor, *Sex in History*, Londres, Thames & Hudson, 1953, p. 13.

portancia de redes sociales y sexualidades de oposición. Los historiadores han desplegado métodos complicados de reconstitución familiar e historia demográfica, han buscado intensamente y cuestionado fuentes documentales nuevas y viejas y han utilizado más plenamente las entrevistas de historia oral para reconstruir la experiencia subjetiva o la experiencia considerada tabú. Con el impulso de una historia popular vigorosa, alimentada en especial por el impacto del feminismo moderno y de las políticas de *gays* y lesbianas, ahora hay una impresionante biblioteca de artículos, folletos y libros. La historia de la sexualidad quizá no sea todavía un campo respetable de investigación: la investigación sexual, como ha señalado el sociólogo Ken Plummer, aún parece "moralmente sospechosa".<sup>4</sup> Pero ahora, por lo menos, tiene cierto grado de reconocimiento profesional así como un público interesado y en ocasiones apasionado. Ya no parece una actividad tan extravagante y marginal como alguna vez lo fue. Incluso se empieza a reconocer que quizás arroje luz sobre nuestro presente confuso y desconcertante.

No obstante, dicho esto, todavía nos queda un dilema respecto de cuál es exactamente nuestro objeto de estudio. Puedo enumerar, como hice antes, algunas actividades que convencionalmente designamos como sexuales; pero, ¿qué es lo que las vincula entre sí? ¿Cuál es el elemento mágico que define algunas cosas como sexuales y no a otras? En el centro de nuestra preocupación, desde luego, está un interés en las relaciones entre hombres y mujeres. Una forma específica de su interacción es el proceso de reproducción biológica y social. Ningún historiador del sexo se atrevería a ignorar esto, pero una historia de la reproducción no es una historia del sexo. Como observó agudamente Alfred Kinsey:

Biólogos y psicólogos que han aceptado la doctrina de que la única función natural del sexo es la reproducción simplemente han ignorado la existencia de la actividad sexual que no es reproductiva. Han supuesto que las respuestas heterosexuales son una parte del equipo innato, "instintivo" de un animal, y que todos los otros tipos de actividad sexual representan "perversiones" de los "instintos normales". Sin embargo, tales interpretaciones son místicas.<sup>5</sup>

La mayor parte de la interacción erótica, aun entre aquellos a quienes fácilmente llamamos "heterosexuales", no lleva a la procreación. Y hay muchas formas de sexo no heterosexual, entre mujeres y entre hombres. Algunas de estas formas incluyen el coito de una u otra manera; otras no. La mayoría tiene por lo menos la posibilidad de llevar al orgasmo. Pero algunas actividades que están claramente relacionadas con el sexo (por ejemplo el travestismo) pueden llevar en ocasiones al "desahogo sexual" o no hacerlo. Ni siquiera la intimidad parece ser un criterio suficientemente claro para juzgar lo que es sexual. Algunas actividades que describimos como propiamente sexuales (la masturbación) no implican, por lo menos en la superficie, a ninguna otra persona; algunos as-

<sup>4</sup> Kenneth Plummer, *Sexual Stigma. An Interactionist Account*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975, p. 4.

<sup>5</sup> Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde El Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia y Londres, W. B. Saunders Company, 1953, p. 448.

pectos de la intimidad no tienen nada que ver con el sexo (y algunas actividades sexuales no son íntimas). Los sociobiólogos modernos que quieren explicar toda manifestación de la vida social en relación con la "energía infinita de los genes egoístas" pueden encontrar alguna lógica biológica en todas estas actividades. Los demás —y sabiamente, en mi opinión— probablemente somos un poco más escépticos. Somos algo más que las "máquinas de supervivencia: robots ciegamente programados para preservar la molécula", que describe el sociobiólogo Richard Dawkins.<sup>6</sup>

Entonces, ¿de qué es historia la historia de la sexualidad? Mi respuesta un poco decepcionante sería que es una historia sin un tema determinado; o más bien, como ha sugerido Robert Padgug, la historia de un tema en flujo constante.<sup>7</sup> Suele ser una historia de *nuestras* preocupaciones siempre cambiantes acerca de cómo deberíamos vivir, cómo deberíamos disfrutar o negar nuestro cuerpo, tanto como acerca del pasado. La manera en que escribimos sobre nuestra sexualidad nos dice tanto del presente y sus preocupaciones como de ese pasado.

Desde luego, no somos la primera generación que especula acerca de la historia de la sexualidad, ni la primera que tanto revela de las preocupaciones propias al hacerlo. Tener algún sentido del pasado siempre ha sido un elemento importante para quienes han reflexionado acerca del significado y las implicaciones de la vida erótica. En su libro *Patriarchal Precedents*, Rosalind Coward ha descrito los debates complejos y acalorados de la segunda mitad del siglo XIX acerca de la naturaleza de la familia y las formas sexuales contemporáneas.<sup>8</sup> Los primeros científicos sociales veían en la sexualidad un sitio privilegiado para especular sobre los orígenes mismos de la sociedad humana. De allí fluyeron teorías contradictorias acerca de la evolución y el desarrollo de los diversos esquemas de la vida sexual. ¿Había evolucionado la familia moderna a partir del clan primitivo o ya estaba allí, "naturalmente", en el nacimiento de la historia? ¿Vivían nuestros antepasados en un estado de promiscuidad primitiva o era la monogamia una necesidad y un hecho biológicos? ¿Hubo alguna vez un Edén de igualdad sexual antes de la "derrota histórica mundial del sexo femenino" o estuvo presente la dominación patriarcal desde el alba de la cultura? De la resolución de estos debates dependían las actitudes no sólo ante formas sociales existentes (matrimonio, desigualdad sexual, doble moralidad), sino también ante otras culturas "primitivas" que existían, contemporáneas a la occidental. ¿Podríamos encontrar claves para nuestra propia historia de la evolución en los ritos y conductas de los aborígenes, atorados en la escalera del progreso? ¿O acaso nos decía esta gente algo más acerca de la variabilidad de las culturas?

<sup>6</sup> Richard Dawkins, *The Selfish Gene*, Granada, St. Albans, 1978, p. X. Analizo la sociobiología más adelante en el cap. 3.

<sup>7</sup> Robert A. Padgug, "Sexual Matters: On Conceptualizing Sexuality in History", *Radical History Review*, primavera/verano, 1979, no. 20 (edición especial sobre la sexualidad en la historia).

<sup>8</sup> Rosalind Coward, *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1983.

Aún no hemos escapado totalmente de los efectos de estas controversias evolucionistas. Durante gran parte de este siglo, las prácticas racistas se han visto legitimadas al referirlas a la condición primitiva de otras razas. Incluso quienes alaban las virtudes de la libertad sexual de sociedades no industriales se apoyan en la creencia de que esos pueblos de algún modo están "más cerca de la naturaleza". De manera semejante, muchos de los debates feministas contemporáneos acerca de la permanencia de la dominación masculina patriarcal vuelven a arar el terreno tan febrilmente trabajado hace más de un siglo. Sin embargo, desde la década de 1920, las preguntas más antiguas acerca de la evolución de la cultura humana estaban siendo desplazadas por un nuevo enfoque antropológico, el cual planteaba preguntas distintas acerca de la sexualidad.

Esto se asoció en primer lugar con escritores como Bronislaw Malinowski y Margaret Mead. Ellos reconocieron el peligro de tratar de comprender nuestra propia prehistoria tomando como modelo a las sociedades existentes. Como resultado, hubo un nuevo esfuerzo por tratar de comprender a cada sociedad específica en sus propios términos. Esto dio lugar a una especie de relativismo cultural al considerar otras costumbres sexuales y a un reconocimiento de la validez de distintos sistemas sexuales, por más exóticos que hayan parecido según las normas de las sociedades industriales del siglo XX. Este nuevo enfoque influyó mucho en el intento de ubicar a la cultura occidental, con todos sus malestares, en algún tipo de contexto. Además, al reconocer la diversidad de los esquemas sexuales en todo el mundo, contribuyó a una mayor comprensión de la diversidad de las formas sexuales dentro de nuestra propia cultura. La antropología social ayudó a establecer una norma crítica mediante la cual podíamos empezar a juzgar la naturaleza histórica de nuestra propia sociedad. El ejemplo más famoso de este tipo, la descripción romántica que hace Margaret Mead del acto de "llegar a la nubilidad" en Samoa, tuvo enorme influencia en la década de 1930, en gran parte porque demostraba que la manera estadounidense (represiva) de tratar el problema de la adolescencia no era deseable ni inevitable ni necesaria.<sup>9</sup>

No obstante, había dificultades. Por una parte, estaba el peligro de tratar de comprender todos los actos sexuales por su función, como respuestas cuidadosamente afinadas de acuerdo con las peticiones de la sociedad. Para Malinowski, la comprensión de las leyes de la sociedad debía conjugarse con una comprensión científica de las leyes de la naturaleza; honraba a Ellis y manifestaba un respeto crítico hacia Freud por ayudarlo a entender "lo universalmente humano y fundamental".<sup>10</sup> Malinowski con-

<sup>9</sup> Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa. A Study of Adolescence and Sex in Primitive Societies*, Harmondsworth, Penguin, 1977 (1a. ed. 1928). [Versión en castellano: *Adolescencia y cultura en Samoa*, trad. Elena Dukelsky Yoffe, Buenos Aires, Paidós, 1971.] Para una disección muy crítica de esta obra, véase Derek Freeman, *Margaret Mead and Samoa. The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press, 1983.

<sup>10</sup> La frase se utiliza en Bronislaw Malinowski, "Culture as a Determinant of Behavior", reimpreso en su libro *Sex, Culture and Myth*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1963, p. 167.

sideraba las culturas como mecanismos delicados, diseñados para satisfacer una naturaleza humana básica: en el proceso, la posición de "lo natural" no se cuestionaba sino que se reafirmaba, aunque ahora era menos un producto de la evolución y más de las necesidades instintivas básicas. Por otra parte, el apoyo a una "plasticidad infinita" de las necesidades humanas por Ruth Benedict, Margaret Mead y sus seguidores no llevó a un recuento más histórico de los esquemas sexuales, sino a una antropología puramente descriptiva en que se ofrecía a los lectores evocaciones maravillosas y brillantes de las vidas sexuales de otros pueblos, pero pocas reflexiones acerca de por qué estas formas eran como eran. A falta de una teoría de estructuras determinantes, una vez más se reafirmaron subrepticamente las suposiciones esencialistas.

La originalidad de los intentos contemporáneos por desarrollar un enfoque histórico de la sexualidad está en su voluntad de cuestionar el carácter natural e inevitable de las categorías y suposiciones sexuales que hemos heredado. Los sociólogos Gagnon y Simon han hablado de la necesidad que quizás existió en alguna época indeterminada del pasado de *inventar* una importancia para la sexualidad, tal vez debido a la baja población y al riesgo de ruina cultural.<sup>11</sup> El filósofo francés Michel Foucault ha ido más lejos al tratar de cuestionar la categoría misma de "sexualidad": "La sexualidad no debe pensarse como un tipo de hecho natural que el poder trata de mantener controlado, ni como un dominio oscuro que el conocimiento trata de descubrir gradualmente. Es el nombre que puede darse a un constructo histórico."<sup>12</sup>

La obra de Foucault ha contribuido de modo vital a los análisis recientes de la historia de la sexualidad, precisamente porque surgió a partir de un trabajo que se estaba desarrollando creativamente en la sociología y en la historia social radical, y al mismo tiempo irrumpió en él y ayudó a precisar preguntas que ya se habían formulado. A las preguntas acerca de qué configuraba las creencias y conductas sexuales, se añadió una nueva, que tenía que ver con la historia de la idea misma de la sexualidad. Para Foucault, la sexualidad era una relación de elementos, una serie de prácticas y actividades que producen significados, un aparato social que tenía una historia, con raíces complejas en el pasado precristiano y cristiano, pero que logra una unidad conceptual moderna, con efectos diversos, sólo en el mundo moderno.

El resultado más importante de este enfoque histórico de la sexualidad es que abre todo el campo al análisis y a la evaluación críticos. Ahora es posible relacionar la sexualidad con otros fenómenos sociales. Tres tipos de preguntas adquieren importancia decisiva. Primero: ¿cómo se configura la sexualidad, cómo se articula con las estructuras económica, política y social, o sea, cómo se "construye socialmente"? Segundo: ¿cómo y por qué ha logrado el campo de la sexualidad una organización tan

<sup>11</sup> J.H. Gagnon y William Simon, *Sexual Conduct. The Social Sources of Human Sexuality*, Londres, Hutchinson, 1973.

<sup>12</sup> Michel Foucault, *The History of Sexuality. I. An Introduction*, trad. Robert Hurley, Londres, Allen Lane, 1979, p. 105. [Véase n. 3 del cap. 1 para la referencia de la versión en castellano.]

crítica y tanta significación simbólica en la cultura occidental, o sea, por qué creemos que es tan importante? Tercero: ¿cuál es la relación entre sexo y poder; qué función deberíamos asignar a las divisiones de clase, los esquemas de dominación masculina y el racismo? Al revisar todas estas preguntas hay una preocupación recurrente: si la sexualidad está construida por los humanos, ¿en qué medida puede cambiarse? Ésta es la pregunta que trataré de abordar en los capítulos siguientes. Examinaré las primeras tres en el resto de este capítulo.

#### LA "CONSTRUCCIÓN SOCIAL" DE LA SEXUALIDAD

La expresión generalmente utilizada de "construcción social de la sexualidad" suena dura y mecanicista, pero en realidad es un asunto bastante directo y comprende "las maneras múltiples e intrincadas en que nuestras emociones, deseos y relaciones son configurados por la sociedad en que vivimos".<sup>13</sup>

En la práctica, la mayoría de los que escriben sobre nuestro pasado sexual supone que el sexo es una energía natural irresistible apenas controlada por una delgada corteza de civilización. Para Malinowski:

El sexo es un instinto muy poderoso [...] no cabe duda de que los celos masculinos, la modestia sexual, la timidez femenina, el mecanismo de atracción sexual y de galanteo, todas estas fuerzas y condiciones hicieron necesario que, aun en los grupos humanos más primitivos, existieran medios potentes para reglamentar, suprimir y dirigir este instinto.

El "sexo", como dijo en otro trabajo, "es verdaderamente peligroso" y es el origen de la mayor parte de los problemas humanos a partir de Adán y Eva.<sup>14</sup>

En estas palabras todavía resuenan los ecos de la visión de Krafft-Ebing a fines del siglo XIX, según la cual el sexo es un instinto todopoderoso que exige cumplimiento, contra lo que proclaman la moral, las creencias y las restricciones sociales. Pero incluso los historiadores académicos más ortodoxos hablan un lenguaje bastante parecido. Lawrence Stone, por ejemplo, en *The Family, Sex and Marriage*, sensatamente rechaza la idea de que "el ello" (la energía del subconsciente freudiano) es el impulso más fuerte e invariable. Sugiere que los cambios en la ingesta de proteínas, la dieta, el esfuerzo físico y la tensión psíquica tienen efectos sobre la organización del sexo. Sin embargo, sigue hablando del "superego" (nuestro sistema interiorizado de valores), que a veces reprime y a veces libera el impulso sexual, y que elocuentemente reproduce el muy viejo cuadro tradicional.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Sue Cartledge y Joanna Ryan (comps.), *Sex and Love. New Thoughts on Old Contradictions*, Londres, The Women's Press, 1983, p. 1.

<sup>14</sup> Bronislaw Malinowski, *Sex, Culture and Myth*, op. cit., pp. 120 y 127.

<sup>15</sup> Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1977, p. 15.

Estos enfoques suponen que el sexo presenta un "mandato biológico" básico que presiona contra la matriz cultural y debe ser restringido por ella. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de enfoque esencialista de la sexualidad. Adopta muchas formas. Los teóricos liberadores como Reich y Marcuse tienden a considerar el sexo como una fuerza benéfica que está reprimida por una civilización corrupta. Los sociobiólogos contemporáneos, por su parte, consideran todas las formas sociales como, de alguna manera no especificada, emanaciones de material genético básico. Sin embargo, todos parten de un estado de naturaleza que proporciona la materia prima que debe usarse para la comprensión de lo social. Contra todos estos argumentos quiero subrayar que la sexualidad está configurada por fuerzas sociales. Y lejos de ser el elemento más natural en la vida social, el que más se resiste a la modelación cultural, es tal vez uno de los más susceptibles a la organización. De hecho, yo diría incluso que la sexualidad sólo existe a través de sus formas sociales y su organización social. Además, las fuerzas que configuran y modelan las posibilidades eróticas del cuerpo varían de una sociedad a otra. "La socialización sexual —han escrito Ellen Ross y Rayner Rapp— no es menos específica para cada cultura de lo que es la socialización en el ritual, el vestido o la cocina."<sup>16</sup> Esta afirmación pone el acento firmemente donde corresponde: en la sociedad y las relaciones sociales más que en la naturaleza.

No quiero negar la importancia de la biología. La fisiología y la morfología del cuerpo proporcionan las condiciones previas para la sexualidad humana. La biología condiciona y limita lo que es posible. Pero no es la causa de las formas de vida sexual. No podemos reducir la conducta humana al funcionamiento misterioso del ADN o a lo que dos escritores contemporáneos recientemente denominaron "la danza de los cromosomas".<sup>17</sup> Prefiero ver en la biología una serie de potenciales que se transforman y adquieren significado sólo en las relaciones sociales. La conciencia y la historia humanas son fenómenos muy complejos.

Esta postura teórica tiene muchas raíces: la sociología y la antropología del sexo, la revolución psicoanalítica y la nueva historia social. Pero a pesar de estos puntos de partida dispares, adquiere cohesión en torno a varios supuestos comunes. En primer lugar, hay un rechazo general del sexo como un reino autónomo, un campo natural con efectos específicos, una energía rebelde controlada por lo social. Ya no podemos hablar de "el sexo" y "la sociedad" como si fuesen campos separados. En segundo lugar, hay un amplio reconocimiento de la variabilidad social de formas, creencias, ideologías y conductas sexuales. La sexualidad tiene una historia o, de manera más realista, muchas historias, cada una de las cuales debe comprenderse en su singularidad

<sup>16</sup> Ellen Ross y Rayner Rapp, "Sex and Society: A Research Note from Social History and Anthropology", en Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (comps.), *Desire: The Politics of Sexuality*, Londres, Virago, 1984. La edición para Estados Unidos fue publicada con el título *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, Nueva York, Monthly Review Press, 1983.

<sup>17</sup> Jeremy Cherfas y John Gribbin, *The Redundant Male*, Londres, The Bodley Head, 1984.

y como parte de un esquema intrincado. En tercer lugar, debemos abandonar la idea de que podemos comprender fructíferamente la historia de la sexualidad como una dicotomía entre presión y desahogo, represión y liberación. La sexualidad no es una olla de vapor que debemos taponar porque nos puede destruir; tampoco es una fuerza vital que debemos liberar para salvar a nuestra civilización. Más bien debemos cobrar conciencia de que la sexualidad es algo que la sociedad produce de manera compleja. Es un resultado de distintas prácticas sociales que dan significado a las actividades humanas, de definiciones sociales y autodefiniciones, de luchas entre quienes tienen el poder para definir y reglamentar contra quienes se resisten. La sexualidad no es un hecho dado, es un producto de negociación, lucha y acción humanas.

Nada es sexual, ha señalado Plummer, pero el hecho de nombrarlo hace que lo sea.<sup>18</sup> Si tal es el caso, debemos movernos con cautela al aplicar nuestras definiciones occidentales a otras culturas. Varían enormemente la significación atribuida a la sexualidad y las actitudes ante las diversas manifestaciones de la vida erótica. Algunas sociedades muestran tan poco interés en la actividad erótica que han sido llamadas más o menos "asexuales".<sup>19</sup> Las culturas islámicas, por el contrario, han desarrollado una visión lírica del sexo con intentos permanentes por integrar lo religioso a lo sexual. Bouhdiba escribe acerca de "la legitimidad radical de la práctica de la sexualidad" en el mundo islámico, siempre y cuando no sea homosexual, ya que esto es "violentamente condenado" por el Islam.<sup>20</sup> El Occidente cristiano, de manera notable, ha visto en el sexo un terreno de angustia y conflicto moral, y ha erigido un dualismo duradero entre el espíritu y la carne, la mente y el cuerpo. Esto ha dado como resultado inevitable una configuración cultural que repudia el cuerpo a la vez que muestra una preocupación obsesiva por él.

Dentro de los amplios parámetros de las actitudes culturales generales, cada cultura clasifica distintas prácticas como apropiadas o inapropiadas, morales o inmorales, saludables o pervertidas. La cultura occidental sigue definiendo la conducta apropiada con base en una gama limitada de actividades aceptables. El matrimonio monogámico entre compañeros de edad más o menos igual pero género diferente sigue siendo la norma (aunque, desde luego, no necesariamente la realidad) y, a pesar de muchos cambios, la puerta aceptada para entrar a la edad adulta y a la actividad sexual. Por su parte, la homosexualidad sigue arrastrando su pesada herencia de tabú. Aunque hoy se acepte a los homosexuales —ha señalado Dennis Altman—, no se acepta la homosexualidad, y en un ambiente en que una enfermedad como el sida puede provocar un pánico en la prensa acerca del estilo de vida de los *gays*, esto pa-

<sup>18</sup> Plummer, *op. cit.*

<sup>19</sup> Véase, por ejemplo, J.C. Messenger, "Sex and Repression in an Irish Folk Community", en D.S. Marshall y R.C. Suggs, *Human Sexual Behavior: Variations across the Ethnographic Spectrum*, Londres, Basic Books, 1971.

<sup>20</sup> Abdelwahab Bouhdiba, *Sexuality in Islam*, trad. Alan Sheridan, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1985, pp. 159 y 200.

rece ser cierto.<sup>21</sup> Otras culturas no han considerado necesario expresar tal mandato. Los antropólogos Ford y Beach encontraron que sólo 15% de 185 sociedades diferentes estudiadas restringían las relaciones sexuales a una sola pareja. Las cifras de Kinsey indicaban que bajo una uniformidad superficial, las prácticas occidentales son igualmente variadas: en su encuesta de la década de 1940, 50% de los hombres y 26% de las mujeres habían tenido relaciones extramaritales hacia los cuarenta años.<sup>22</sup>

El matrimonio no es inevitablemente heterosexual: entre los nuer, las mujeres mayores "se casan" con mujeres más jóvenes.<sup>23</sup> Tampoco la homosexualidad es un tabú universal. Hay diversas formas de homosexualidad institucionalizada, desde los ritos de pubertad en algunas tribus africanas, hasta las relaciones pedagógicas entre hombres mayores y jóvenes (como en la Grecia antigua) o las parejas de travestis (*las berdache*) entre indios estadounidenses, integradas al grupo social.<sup>24</sup>

En Occidente aún definimos las normas del sexo en relación con uno de los resultados posibles: la reproducción. Durante largos siglos de dominio cristiano, era *la única* justificación para las relaciones sexuales. Sin embargo, otras culturas en ocasiones ni siquiera han vinculado la cópula con la procreación. Algunas sociedades sólo reconocen la función del padre, otras la de la madre. Los habitantes de la isla de Trobriand investigados por Malinowski no veían ninguna conexión entre acto sexual y reproducción. Sólo *después* de que el espíritu niño entraba a la matriz, el coito adquiría alguna significación para ellos, ya que éste moldeaba el carácter del futuro bebé.<sup>25</sup>

Cada cultura establece lo que Plummer llama "restricciones de quién" y "restricciones de cómo". Las "restricciones de quién" tienen que ver con las parejas, su género, especie, edad, parentesco, raza, casta o clase, y limitan a quién podemos aceptar como pareja. Las "restricciones de cómo" tienen que ver con los órganos que usamos, los orificios que se pueden penetrar, el modo de relación sexual y de coito: qué podemos tocar, cuándo podemos tocar, con qué frecuencia, y así sucesivamente.<sup>26</sup> Estas reglamentaciones tienen muchos aspectos: formales e informales, legales y extralegales. Tienden a no corresponder de manera indiferenciada a la totalidad de la sociedad. Por ejemplo, suele haber distintas reglas para hombres y mujeres, configuradas de manera

<sup>21</sup> Dennis Altman, *The Homosexualization of America. The Americanization of the Homosexual*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982. Para una evaluación del impacto del sida, véase cap. 5 más adelante.

<sup>22</sup> C.S. Ford y F.A. Beach, *Patterns of Sexual Behavior*, Londres, Methuen, 1965 (1a. ed. 1952). [Versión en castellano: *Conducta sexual*, Barcelona, Fontanella, 1972.] Kinsey *et al.*, *op. cit.* Véanse los comentarios en Michael Argyle y Monika Henderson en *The Anatomy of Relationships*, Londres, Heinemann, 1985, p. 159.

<sup>23</sup> F. Edholm, "The Unnatural Family", en Elizabeth Whitelegg *et al.*, *The Changing Experience of Women*, Oxford, Martin Robertson, 1982.

<sup>24</sup> Véase el resumen en Ford y Beach, *op. cit.*

<sup>25</sup> Bronislaw Malinowski, *The Sexual Life of Savages*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1929. [Versión en castellano: *La vida sexual de los salvajes del noroeste de la Melanesia*, Madrid, Morata, 1975.]

<sup>26</sup> Kenneth Plummer, "Sexual Diversity: a Sociological Perspective", en K. Howells (comp.), *Sexual Diversity*, Oxford, Blackwell, 1984.

que la sexualidad de las mujeres queda subordinada a la de los hombres. Estas reglas con frecuencia son más aceptables como normas abstractas que como guías prácticas. Pero determinan los permisos, las prohibiciones, los límites y las posibilidades a través de las cuales se construye la vida erótica.

Cinco grandes áreas destacan como particularmente importantes en la organización social de la sexualidad: parentesco y sistemas familiares, organización social y económica, reglamentación social, intervenciones políticas y el desarrollo de "culturas de resistencia".

### 1. Parentesco y sistemas familiares

Éstas *parecen* ser las formas básicas y más invariables de todas, sobre todo el enfoque "natural" de la socialización y la experiencia sexuales. El tabú del incesto, es decir, la prohibición del involucramiento sexual dentro de ciertos grados de parentesco, parece ser una ley universal, y según suele decirse, marca el paso del estado natural al de la sociedad humana: es constitutivo de la cultura (también es la base de nuestro mito más constante, el de Edipo.) Sin embargo, las formas del tabú varían enormemente. En las tradiciones cristianas medievales se prohibía el matrimonio hasta el séptimo grado de parentesco. Hoy en día, se permite el matrimonio entre primos hermanos. En el Egipto de los faraones se permitía el matrimonio entre hermanos y, en algunos casos, también entre padre e hija, con el fin de preservar la pureza del linaje real.<sup>27</sup> La existencia del tabú del incesto ilustra la necesidad que tienen todas las sociedades de reglamentar el sexo, pero no la manera como ha de hacerse. Incluso los "parentescos de sangre" deben interpretarse a través del cedazo de la cultura.

La verdad es que los vínculos de parentesco no son vínculos *naturales* de la sangre, sino relaciones sociales entre grupos, con frecuencia basados en afinidades residenciales y hostiles a afinidades genéticas. Marshall Sahlins ha dicho:

Las concepciones humanas de parentesco pueden estar tan lejos de la biología que excluyen de la categoría de "pariente cercano" a todos salvo a una pequeña fracción de los parientes genéticos de una persona, mientras que al mismo tiempo incluyen en esa categoría, como de la misma sangre, a gente relacionada de manera muy distante o también a extraños. Entre estos extraños (genéticamente) pueden estar los hijos propios (culturalmente).<sup>28</sup>

Quién decidimos que es pariente y qué describimos como "la familia" son hechos que dependen claramente de varios factores históricos. Hay muchas formas familiares, sobre todo dentro de las sociedades occidentales industrializadas: entre distintas clases y entre diferentes grupos geográficos, religiosos, raciales y étnicos. Los

<sup>27</sup> Jean Renvoize, *Incest: A Family History*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1982.

<sup>28</sup> Marshall Sahlins, *The Use and Abuse of Biology: An Anthropological Critique of Sociobiology*, Londres, Tavistock, 1976, p. 75.

esquemas familiares se configuran y reconfiguran por factores económicos, reglas de herencia, intervenciones del Estado para reglamentar el matrimonio y el divorcio o para mantener a la familia mediante la asistencia social o políticas de impuestos. Todo esto afecta los esquemas probables de vida sexual: fomenta o desalienta la tasa de matrimonios, la edad del matrimonio, la incidencia de la reproducción, las actitudes ante el sexo no procreativo o no heterosexual y el poder relativo de hombres sobre mujeres, entre otros aspectos. Estos factores son importantes de por sí. Pero se vuelven doblemente importantes porque en la cultura occidental la familia es el sitio en el que la mayoría de nosotros adquirimos algún sentido de nuestras necesidades e identidades sexuales individuales y, según el psicoanálisis, es donde se organizan nuestros deseos desde la primera infancia. De modo que para comprender la sexualidad tenemos que comprender mucho más que el sexo: tenemos que comprender las relaciones en las que suele ocurrir.

### 2. Organización económica y social

Como he dicho, las familias en sí no son entidades naturales autónomas. Están configuradas por relaciones sociales más amplias. Los esquemas domésticos pueden verse modificados por fuerzas económicas, por las divisiones de clase que surgen como resultado del cambio económico, por el grado de urbanización y el rápido cambio industrial y social.<sup>29</sup> En el pasado, y probablemente también en el presente, las migraciones laborales han afectado los esquemas de galanteo y han contribuido a dictar la incidencia de tasas de ilegitimidad. La proletarización de la población rural en Inglaterra a principios del siglo XIX contribuyó al surgimiento masivo de la ilegitimidad durante esa época, dado que los viejos esquemas de galanteo se derrumbaron debido a los trastornos económicos e industriales: fue un caso de "frustración del matrimonio" más que una revolución sexual consciente. Las condiciones de trabajo pueden configurar la vida sexual. Un buen ejemplo de ello se encuentra en los documentos de las décadas de 1920 y 1930 en los que se afirma que las mujeres que trabajaban en fábricas solían conocer mucho mejor los métodos de control artificial de la natalidad y, por lo tanto, limitaban el tamaño de su familia mucho más que las mujeres que sólo trabajaban en el hogar o en el servicio doméstico.<sup>30</sup>

Las relaciones entre hombres y mujeres se ven afectadas constantemente por los cambios en las condiciones económicas. La participación cada vez mayor de las mujeres casadas en la fuerza de trabajo asalariada durante las décadas de 1950 y 1960 inevitablemente afectó los esquemas de vida doméstica. También impulsó un auge consumista que fue una de las condiciones previas para el surgimiento de nuevos mer-

<sup>29</sup> Para más detalles véase el análisis en Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality Since 1800*, Harlow, Longman, 1981, cap. 4.

<sup>30</sup> Véase Diana Gittins, *Fair Sex: Family Size and Structure 1900-1939*, Londres, Hutchinson, 1982.

cados para artículos sexuales en la generación pasada. La sexualidad no está *determinada* por el modo de producción, pero los ritmos de la vida económica proporcionan las condiciones básicas y los límites últimos para la organización de la vida sexual.

### 3. Reglamentación social

Si bien la vida económica establece algunos de los ritmos fundamentales, las formas reales de reglamentación de la sexualidad tienen una autonomía considerable. Los métodos formales para reglamentar la vida sexual varían según las épocas, dependiendo de la importancia de la religión, la función variable del Estado, la existencia o no de un consenso moral que reglamente los esquemas del matrimonio, las tasas de divorcio y la incidencia de la no ortodoxia sexual. Uno de los cambios más importantes de los últimos cien años ha sido que las iglesias se han alejado de la reglamentación moral y se ha dado un modo más laico de organización a través de la medicina, la educación, la psicología, el trabajo social y las prácticas de asistencia social. También es importante reconocer que los efectos de estas acciones no necesariamente están predeterminados. En no pocas ocasiones la vida sexual se modifica por las consecuencias no deliberadas de la acción social tanto como por la intención de sus autores. Las leyes que prohíben la aparición de publicaciones obscenas suelen conducir a juicios que acaban haciéndoles publicidad. Prohibir las películas eróticas les da una fama que tal vez de otra manera no merecerían. Y, hablando de temas más serios, las leyes diseñadas para controlar la conducta de algunos grupos de personas pueden en realidad provocar un mayor sentido de identidad y cohesión entre ellos. Esto parece lo que sucedió cuando se depuraron las leyes relacionadas con la homosexualidad masculina a fines del siglo XIX.<sup>31</sup>

Pero no sólo los métodos formales configuran la sexualidad; hay muchos esquemas informales y consuetudinarios que son igualmente importantes. Las formas tradicionales de reglamentación del galanteo adolescente pueden ser medios fundamentales de control social. Es muy difícil romper con el consenso de la comunidad en que uno vive o del grupo de compañeros en la escuela, y esto es tan cierto hoy como lo fue en las sociedades preindustriales. Un lenguaje de abuso sexual ("chica fácil" y "golfá") funciona para mantener en orden a las muchachas y para reforzar las distinciones convencionales entre las que lo hacen y las que no. Tales métodos informales, reforzados por los que se adhieren estrictamente a las reglas, suelen producir, según las normas contemporáneas, diversas manifestaciones extravagantes de conducta sexual. Un ejemplo de ello está en la forma tradicional de galanteo hasta el siglo XIX en algunas partes de Inglaterra y Gales, conocida como *bundling*, que incluía ritos in-

<sup>31</sup> Véase Weeks, *Coming Out. Homosexual Politics in Britain from the 19th Century to the Present*, Londres, Quartet, 1977.

timos de juegos sexuales en la cama, pero con la ropa puesta. Más cerca de nuestra época podemos encontrar el fenómeno igualmente exótico del besuqueo, que depende de la idea de que si bien el coito en público es tabú, pueden emprenderse otras formas de juego íntimo que no están definidas como *el* acto sexual. Kinsey señaló a principios de los años cincuenta que:

A los viajeros extranjeros a veces les asombra la abierta exhibición de actividades tan obviamente eróticas [...]. Es cada vez más frecuente observar el besuqueo en medios de transporte tan públicos como autobuses, tranvías y aviones. Los otros pasajeros han aprendido a ignorar tales actividades si se realizan con alguna discreción. A veces se llega al orgasmo con el besuqueo que ocurre en esos lugares públicos.<sup>32</sup>

En estos fenómenos hay reglas complejas implícitas, aunque sólo semiconscientes, que limitan lo que puede y lo que no puede hacerse. Métodos informales de reglamentación como éstos pueden tener efectos sociales importantes, por ejemplo, limitar los embarazos ilegítimos. En el pasado, con frecuencia han sido impuestos mediante prácticas tradicionales de avergonzamiento, rituales de humillación y burla públicos —algunos ejemplos son la "cencerrada" y la "música turbulenta"— que sirven para reforzar las normas de la comunidad.

### 4. Intervenciones políticas

Estos métodos formales e informales de control existen dentro de un marco político que va cambiando. El equilibrio de las fuerzas políticas en un momento dado puede determinar el grado de control legislativo o la intervención moral en la vida sexual. El clima social general proporciona el contexto en que algunos asuntos adquieren más importancia que otros. La existencia de "líderes de opinión" hábiles, capaces de articular y hacer surgir corrientes incipientes de opinión, puede ser decisiva para hacer que se cumpla la legislación existente o para idear una nueva. El éxito reciente de la nueva derecha en Estados Unidos para lograr que se estableciera un programa de conservadurismo sexual, movilizándolo a la sociedad contra liberales y/o desviados sexuales, ejemplifica las posibilidades de movilización política en torno al sexo.

### 5. Culturas de resistencia

Pero la historia de la sexualidad no es una simple historia del control; también es una historia de oposición y resistencia frente a los códigos morales. Las formas de reglamentación moral hacen surgir culturas de resistencia. Un ejemplo excelente de éstas se encuentra en las redes de información de mujeres acerca de los métodos de control de la natalidad, sobre todo del aborto. Como ha dicho Angus McLaren: "Al estudiar las ideas sobre el aborto, se pueden vislumbrar aspectos de una cultura sexual feme-

<sup>32</sup> Kinsey et al., *op. cit.*, p. 259.

nina distinta, que apoya la independencia y la autonomía de las mujeres respecto de médicos, moralistas y esposos<sup>33</sup>.

La historia de esta sabiduría paralela es muy larga. Un ejemplo clásico se encuentra en el diseminado uso del compuesto de plomo a fines del siglo XIX y principios del XX en la región central de Inglaterra. Ampliamente utilizado como antiséptico, accidentalmente se descubrió que también servía para inducir el aborto, y hay pruebas de que fue empleado como profiláctico por mujeres de la clase obrera hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.<sup>33</sup>

Podemos encontrar otros ejemplos de resistencia cultural en el surgimiento de las subculturas y redes establecidas por minorías sexuales. A través de la historia de Occidente se observa una larga historia de subculturas de homosexualidad masculina, manifiesta, por ejemplo, en pueblos italianos de fines del Medioevo, y en Inglaterra desde fines del siglo XVII. Esto ha sido fundamental para el surgimiento de las identidades homosexuales modernas, que se han formado en gran parte en estas redes sociales amplias. En épocas más recientes, durante aproximadamente los últimos cien años, ha habido una serie de movimientos políticos de oposición explícita, organizados en torno a la sexualidad y a asuntos sexuales. El ejemplo clásico es el feminismo. Pero, además, las investigaciones históricas recientes han demostrado la existencia, desde mucho antes, de movimientos de reforma sexual que suelen estar estrechamente vinculados con campañas en favor de los derechos homosexuales: los movimientos modernos de *gays* y lesbianas tienen antecedentes que se remontan al siglo XIX en el caso de países como Alemania y Gran Bretaña.<sup>34</sup>

Lo que con tanta confianza conocemos como "sexualidad" es, así, el producto de múltiples influencias e intervenciones sociales. No existe fuera de la historia, sino que es un producto histórico. A esto nos referimos cuando hablamos de la "construcción social" de la sexualidad.

#### LA IMPORTANCIA DEL SEXO

Todas las sociedades deben tomar medidas para la organización de la vida erótica. Sin embargo, no todas lo hacen con la preocupación obsesiva de Occidente. A lo largo de la historia occidental, desde la época de la antigua Grecia, lo que llamamos sexualidad ha sido objeto de preocupación moral, pero el concepto de vida sexual no ha sido el mismo. Porque la preocupación de los griegos antiguos por los placeres del cuerpo —*afrodisia*— era sólo una y no necesariamente la preocupación más importante de la vida, y debía situarse junto a las reglas alimenticias y la organización de las relaciones den-

<sup>33</sup> Angus McLaren, *Reproductive Rituals*, Londres, Methuen, 1984, p. 147, y *Birth Control in Nineteenth Century England*, Londres, Croom Helm, 1978, p. 390.

<sup>34</sup> Véase Jeffrey Weeks, *Coming Out...*

tro del hogar. También era muy distinto el objeto del debate. Freud, con su perspicacia acostumbrada, logró resumir uno de los aspectos de esta diferencia: "La distinción más notable entre la vida erótica de la Antigüedad y la nuestra sin duda se encuentra en el hecho de que los antiguos ponían el acento en el instinto en sí, mientras que nosotros acentuamos su objeto."<sup>35</sup>

Nos preocupa *con quién* tenemos relaciones sexuales, a los antiguos les preocupaba la cuestión del exceso o el abuso, la actividad y la pasividad. Platón habría prohibido la pederastia en su ciudad no porque fuera contra natura, sino porque era un exceso respecto de lo que exige la naturaleza. La sodomía era excesivamente licenciosa, y el problema moral no radicaba en tener sexo con un hombre siendo un hombre, sino en ser activo o pasivo. Las prácticas homosexuales pasivas y la gente que las practicaba eran rechazadas no por la homosexualidad sino por la pasividad.<sup>36</sup> Por otra parte, a nosotros nos preocupa obsesivamente el hecho de que una persona sea normal o anormal, definido en términos de si somos heterosexuales u homosexuales. Buscamos la verdad de nuestra naturaleza en nuestros deseos sexuales, lo cual representa un cambio fundamental en el significado organizativo que se da a la sexualidad.

Esto es producto de una historia larga y complicada. No obstante, parece haber tres momentos clave en su evolución. El primero se desarrolla con las innovaciones del siglo I de nuestra era, antes del advenimiento general de un Occidente cristianizado. Se manifestó mediante una nueva austeridad y una desaprobación cada vez mayor del *mollities*, es decir, del sexo realizado meramente por placer. La Iglesia aceptó y afinó la visión de que los maridos no debían comportarse de manera incontinente con las esposas en el matrimonio. El objetivo del sexo era la reproducción, de modo que el sexo fuera del matrimonio era obviamente por placer y, por lo tanto, un pecado. Como ha dicho Flandrin, "el matrimonio era una especie de medicina preventiva dada por Dios para salvar al hombre de la inmoralidad".<sup>37</sup> Los pecados de la carne eran una tentación constante que alejaba del camino divino.

El segundo momento fundamental se produjo en los siglos XII y XIII, tras una serie de intensas luchas críticas y religiosas contra el triunfo de la tradición cristiana del sexo y el matrimonio. Esto no afectó necesariamente la conducta de todos en la sociedad. Pero, en cambio, sí estableció una nueva norma impuesta tanto por el brazo religioso como por el secular. El matrimonio era un asunto de acuerdo familiar por

<sup>35</sup> Sigmund Freud, "Three Essays on the Theory of Sexuality", en James Strachey (comp.), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, t. 7, Londres, Hogarth Press-Institute of Psychoanalysis (1953-1974). [Versión en castellano: *Tres ensayos sobre teoría sexual*, trad. Luis López Ballesteros y de Torres y Ramón Rey Ardid, Madrid, Alianza, 1991. Véase n. 5 del cap. 1 de esta obra para la referencia de la versión en castellano de las obras completas de Freud.]

<sup>36</sup> Paul Veyne, "Homosexuality in Ancient Rome", en Philippe Ariès y André Bejin (comps.), *Western Sexuality: Practice and Precept in Past and Present Times*, Oxford, Blackwell, 1985, p. 27. [Versión en castellano: *Sexualidades occidentales*, trad. Carlos García Velasco, México, Paidós, 1987.]

<sup>37</sup> Jean-Louis Flandrin, "Sex in Married Life in the Early Middle Ages: the Church's Teaching and Behavioural Reality", en Ariès y Bejin, *op. cit.*, p. 115.



el bien de las familias. De este modo, tenía que elaborarse un conjunto estricto de reglas para las dos personas que se unían, las cuales con frecuencia eran desconocidas. Como resultado, "la pareja no estaba sola en su lecho matrimonial: la sombra del confesor asomaba por entre sus retozos".<sup>38</sup> Los teólogos y canonistas analizaban la vida sexual de las parejas casadas hasta el último detalle, no sólo como un juego intelectual, sino para dar respuestas a preguntas morales prácticas.

El tercer momento fundamental y decisivo ocurrió en los siglos XVIII y XIX, con la definición cada vez más precisa de la normalidad sexual como las relaciones con el sexo opuesto, y la consiguiente categorización de otras formas como desviaciones. Nosotros somos los herederos inmediatos de esta última modificación, que se manifestó mediante el viraje de la organización religiosa de la vida moral hacia una reglamentación cada vez más laica incorporada a las nuevas normas médicas, psicológicas y educativas. Junto con esto, surgieron nuevas tipologías de la degeneración y la perversión y hubo un crecimiento decisivo de nuevas identidades sexuales. La homosexualidad dejó de ser una categoría del pecado para convertirse en una disposición psicosocial. La sexología empezó a hacer especulaciones acerca de las leyes del sexo, y la "sexualidad" finalmente surgió como un continente de conocimientos separado con sus propios efectos distintivos.

El surgimiento de la categoría de homosexualidad y de "el homosexual" ilustra lo que estaba sucediendo. Desde luego, las actividades homosexuales están presentes en todas las culturas y en Occidente hay una historia ininterrumpida de homosexualidad. Pero la idea de que haya algo a lo que pueda llamarse *la* persona homosexual es relativamente nueva. Todo sugiere que antes del siglo XVIII existía la homosexualidad, interpretada en su sentido más amplio como la participación en actividades eróticas entre personas del mismo género, pero no así "los homosexuales". Algunos actos, como la sodomía, eran severamente condenados: en Gran Bretaña merecieron la pena capital, por lo menos formalmente, hasta 1861, pero al parecer no se manejaba mucho la idea de un tipo distintivo de personaje homosexual. La sodomía no era un delito específicamente homosexual; la ley se aplicaba indistintamente a las relaciones entre hombres y mujeres, hombres y animales, así como hombres y hombres. Y si bien en el siglo XVIII el sodomita persistente se percibía claramente como un tipo especial de persona, aún se definía por la naturaleza de su acto más que por el carácter de su personalidad. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XIX, "el homosexual" (el término "homosexualidad" se inventó alrededor de 1860) se consideraba cada vez más como un tipo específico de persona, caracterizado por sentimientos, una latencia y un trastorno psicosexual. Esta opinión fue elaborada por los primeros sexólogos, quienes producían descripciones y explicaciones cada vez más complejas. ¿Era la homosexualidad un producto de la corrupción o la degeneración, era congénita o resultado de un trauma infantil? ¿Era una variación natural o una deformación per-

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 126.

versa? ¿Debía ser tolerada o sometida a curación? Havelock Ellis distinguía al invertido del perverso. Freud, al "invertido absoluto", al "anfigénico" y al "contingente". Poco después, Clifford Allen distinguía 12 tipos, que iban desde el compulsivo, el nervioso, el neurótico y el psicótico, hasta el psicopático y el alcohólico. Kinsey inventó una calificación de siete puntos para el espectro de comportamiento heterosexual/homosexual, lo cual permitió a sus sucesores distinguir a un "Kinsey uno" de un "cinco" o un "seis" como si fuese cuestión de vida o muerte.<sup>39</sup>

Esta energía y este celo por clasificar y categorizar ha llevado a muchos historiadores a decir que el surgimiento de distintas categorías de seres sexuales a lo largo del último siglo es consecuencia de un esfuerzo continuo por lograr el control social. Quienes han escrito sobre la historia del lesbianismo han señalado que el desarrollo de una identidad lesbiana sexualizada a fines del siglo XIX y principios del XX fue una imposición por parte de los sexólogos, concebida precisamente para dividir a las mujeres, con el fin de romper los vínculos emotivos y afectivos que unen a todas las mujeres en contra de los hombres.<sup>40</sup> Desde luego, esto contiene un elemento de verdad. No obstante, considero que es mucho más creíble ver el surgimiento de identidades claras durante este periodo como el producto de la lucha contra las normas prevaletentes, que necesariamente tenían efectos diferentes sobre hombres y mujeres. Los sexólogos no inventaron al homosexual o a la lesbiana, sino que intentaron traducir a su propio lenguaje patologizador típico los cambios que estaban ocurriendo frente a sus ojos. Los primeros sexólogos, como Krafft-Ebing, se enfrentaban a personas que aparecían en los tribunales o que acudían a pedirles ayuda en gran parte como resultado de un nuevo celo, con motivaciones políticas, políticamente motivado por controlar todas las manifestaciones del deseo sexual. La definición de la homosexualidad como una perversión específica fue un intento de adecuarse a esta nueva realidad. Produjo una respuesta inevitable en el impulso hacia la autodefinición.

La actividad sexual definía cada vez más a un tipo específico de persona. Por su parte, la gente empezaba a definirse a sí misma como diferente y la diferencia se constituía en torno a su sexualidad. Un tal Thomas Newton fue arrestado en Londres en 1726, sorprendido por un informante de la policía en un acto homosexual. Al enfrentarse a la policía, dijo: "Lo hice porque pensé que lo conocía, y creo que no es delito dar el uso que yo quiera a mi propio cuerpo."<sup>41</sup> Aquí podemos ver, en forma embrionaria, el impulso por autodefinirse que florecería en la proliferación de identidades homosexuales en el siglo XX. A su vez, la ampliación de la categoría del homosexual a fines del siglo XIX presagiaba la profusión de nuevos tipos e identidades sexuales en el siglo XX: el travesti, el transexual, el bisexual, el pedófilo, el sadomasoquista, entre

<sup>39</sup> Véase el análisis en Jeffrey Weeks, *Sexuality and its Discontents. Meanings, Myths and Modern Sexualities*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1985, pp. 89-91, y cap. 8.

<sup>40</sup> Lillian Faderman, *Surpassing the Love of Men*, Londres, Junction Books, 1981.

<sup>41</sup> Alan Bray, *Homosexuality in Renaissance England*, Londres, Gay Men's Press, 1982, p. 114.

otros. Durante el siglo XX, la gente se ha definido cada vez más a través de la definición de su sexo. La pregunta que debemos hacernos es por qué la sexualidad se ha vuelto tan importante para nuestra definición del yo y de la normalidad.

La sexualidad se configura mediante la unión de dos ejes esenciales de preocupación: nuestra subjetividad, o sea, quiénes y qué somos, y la sociedad, o sea, el crecimiento, el bienestar, la salud y la prosperidad futuras de la población en conjunto. Las dos preocupaciones están íntimamente relacionadas, porque en el centro de ambas se hallan el cuerpo y sus potencialidades. "A medida que el cuerpo humano se hace autónomo y consciente de sí mismo" —ha escrito Lowe—, es decir, a medida que se convierte en el objeto de una atención plenamente laica, a medida que la emoción se retiró del mundo y se encerró más, la sexualidad en la sociedad burguesa surgió como un fenómeno explícito.<sup>42</sup>

Y a medida que la sociedad se preocupa cada vez más por la vida de sus miembros, en beneficio de la uniformidad moral, el bienestar económico, la seguridad nacional o la higiene y la salud, también se preocupa cada vez más por la vida sexual de sus individuos, dando lugar a métodos complicados de administración y gerencia, y a una proliferación de ansiedades morales, intervenciones médicas, higiénicas, legales y de asistencia social, o indagación científica, todas diseñadas para comprender el yo mediante la comprensión del sexo.

En consecuencia, la sexualidad se ha convertido en un asunto social, político y moral cada vez más importante. Si consideramos las principales crisis en Gran Bretaña desde comienzos del siglo XIX, veremos que de una u otra manera la preocupación por el sexo ha sido parte integral de ellas. Durante la crisis de las guerras revolucionarias francesas a principios del siglo XIX, una de las preocupaciones centrales de los ideólogos era la relativa a la decadencia moral, la cual se consideraba que había provocado la secuencia de acontecimientos que llevaron al colapso de la monarquía francesa. En las décadas de 1830 y 1840, con la primera crisis de la nueva sociedad industrial, hubo una preocupación obsesiva por la sexualidad de las mujeres y la amenaza a los niños y niñas que trabajaban en fábricas y minas. Hacia mediados del siglo XIX, los intentos por reordenar la sociedad se centraban en la cuestión de la higiene y la salud morales. Durante las últimas cuatro décadas del siglo pasado, la prostitución, las normas morales de la sociedad y la reforma moral estaban en el centro del debate público; muchos veían en el deterioro moral una señal de la inminente decadencia imperial. En los primeros decenios del siglo XX, estas preocupaciones se reconstituyeron en una nueva preocupación respecto de la calidad de la población británica. El florecimiento de la eugenesia y la crianza programada de lo mejor en la sociedad, aunque nunca fueron dominantes, tuvieron una influencia significativa para configurar tanto las políticas de asistencia social como el intento de reordenar las prioridades nacionales frente a la competencia internacional. Esto llevó a un racismo inevitable, que

<sup>42</sup> Donald M. Lowe, *History of Bourgeois Perception*, Chicago, Chicago University Press, 1982, p. 100.

floreció durante este siglo. En los años de entreguerras y hasta la década de 1940, la disminución de la tasa de natalidad produjo debates fervientes sobre los méritos del control de la natalidad, el fomento selectivo de las políticas de planeación familiar y la posibilidad de que el país cayera en manos de las razas que alguna vez estuvieron sometidas. Hacia la década de 1950, en la época de la guerra fría, se inició una nueva búsqueda de degenerados sexuales, sobre todo homosexuales, porque se suponía que eran particularmente propensos a la traición. Esto se convirtió en un aspecto fundamental de la cacería de brujas macartista en Estados Unidos que tuvo ecos en Inglaterra y otros países. Hacia los años ochenta, tras varios decenios a los que se ha dado en llamar liberales, se culpaba a las formas minoritarias de sexualidad, sobre todo a la homosexualidad, de la decadencia de la familia, lo cual dio nueva energía a un renacimiento de fuerzas políticas de derecha.

En estas crisis se cristalizan diversas preocupaciones: las normas de la vida familiar, o las relaciones entre hombres y mujeres, la naturaleza de la sexualidad femenina, la cuestión de la desviación sexual, las relaciones entre adultos y niños, por mencionar sólo algunas. Estos asuntos son fundamentales en toda sociedad. Los debates al respecto en Inglaterra durante las últimas décadas han sido acalorados precisamente porque las discusiones sobre sexualidad son discusiones sobre la naturaleza de la sociedad; la forma como marcha el sexo es un indicador de cómo marcha la sociedad.

#### LA SEXUALIDAD Y EL PODER

Ésta es otra manera de decir que los asuntos de la sexualidad son cada vez más importantes dentro del funcionamiento del poder en la sociedad contemporánea. Ya mencioné que uno de los efectos del enfoque histórico de la sexualidad era considerar que el poder sobre la sexualidad era algo productivo más que negativo o represivo. La metáfora de la represión proviene de la hidráulica: ofrece la imagen de una energía efervescente que debe refrenarse. El enfoque histórico de la sexualidad acentuaría más bien el impacto de las diversas prácticas sociales que construyen la reglamentación sexual, dan sentido a las actividades corporales, configuran definiciones y limitan y controlan el comportamiento humano.

El rechazo de un modelo de represión (lo que Foucault llamaba la "hipótesis represiva") no significa, desde luego, que todos los regímenes de reglamentación sexual tengan la misma fuerza o efectividad. Algunos son claramente más duros, autoritarios y opresores que otros. Uno de los resultados importantes de la nueva investigación histórica sobre sexualidad ha sido una revaloración de toda la época victoriana. Tradicionalmente se ha considerado que esta época se distinguió por la hipocresía moral y la negación sexual. Ahora se ha visto cada vez más que esto es un grave error. Lejos de evitar el sexo, el siglo XIX tenía una fuerte obsesión respecto de los asuntos sexuales. Más que ser un tema que se disimulaba, era un asunto que se discutía cada vez más en relación con distintos aspectos de la vida social. Sin embargo, esto no signifi-

fica que la época victoriana ahora pueda considerarse como especialmente liberal. En Inglaterra, la pena de muerte por sodomía permaneció dentro del derecho escrito hasta 1861. Las restricciones a la autonomía sexual de la mujer eran severas y la distinción entre las mujeres respetables y las incorregibles (la virgen y la puta, la María y la Magdalena) alcanzó su apogeo durante esta época. Aunque la época presente no haya logrado dar una solución perfecta a todos los conflictos, para muchos de nosotros es infinitamente preferible a lo que existía hace cien años.

Sin embargo, la utilidad de abandonar el modelo represivo, en su forma más cruda, es que nos lleva hacia un intento de comprensión de los mecanismos de poder reales que funcionan en cada época determinada. El poder ya no aparece como una entidad singular mantenida o controlada por un grupo específico, el Estado o la clase dominante. Según la expresión de Schur, es “más bien un proceso que un objeto”,<sup>43</sup> una fuerza maleable y móvil que adopta muchas formas diferentes y que se ejerce mediante diversas prácticas y relaciones sociales distintas. Si se adopta este enfoque del poder, entonces tenemos que abandonar todo enfoque teórico que considere a la sexualidad como moldeada por una voluntad dominante y determinante, ya sea de la “sociedad”, como tendía a sugerir la sociología funcionalista, o del “capitalismo”, como dirían los marxistas, o del “patriarcado”, como propondrían algunas feministas. El poder no funciona mediante mecanismos únicos de control. Funciona mediante mecanismos complejos y traslapados —y con frecuencia contradictorios— que producen la dominación y las oposiciones, la subordinación y las resistencias.

Hay muchas estructuras de dominación y subordinación en el mundo de la sexualidad, pero hoy en día parecen especialmente importantes tres ejes fundamentales: los de clase, de género y de raza.

### 1. Clase

Las diferencias de clase en la reglamentación sexual no son específicas del mundo moderno. En la sociedad esclavista de la Roma precristiana, las normas morales variaban con la posición social. “Ser *impudicus* (es decir, pasivo) es ignominioso para un hombre libre —escribió Séneca el Viejo— pero es la obligación absoluta del esclavo respecto de su amo, y el hombre manumiso tiene una obligación moral de sumisión.”<sup>44</sup> Lo que era cierto en el mundo antiguo aparece más agudamente en el moderno. De hecho, se ha dicho (por Foucault) que la idea misma de la “sexualidad” es esencialmente burguesa, y que se desarrolló como un aspecto de la autodefinición de clase, tanto contra la aristocracia decadente como contra la inmoralidad rampante de las

<sup>43</sup> Edwin Schur, *The Politics of Deviance: Stigma Contests and the Uses of Power*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1980, p. 7.

<sup>44</sup> Veyne, *op. cit.*, p. 31.

clases inferiores en el transcurso de los siglos XVIII y XIX. Un sistema de creencias colonizadoras intentó remodelar la forma de gobierno a su propia imagen. Las normas respetables de la vida familiar y doméstica —delimitaciones más marcadas entre las funciones masculinas y femeninas, una mayor distinción ideológica entre vida pública y privada y una fuerte preocupación por la vigilancia moral e higiénica de la sexualidad no marital y no heterosexual— fueron, cada vez más, las medidas con las que se juzgaba toda conducta. Desde luego, esto no significa que todas las conductas o la mayoría de ellas se ajustaran a esas medidas. Hay muchas pruebas de que la conducta de las clases trabajadoras se adaptó muy bien a los modales de la clase media. Sin embargo, los esquemas sexuales complejos que existen en el siglo XX son el producto de una lucha social en que la clase era un elemento vital. No debe sorprender que esto haya producido distintas formas de vida sexual de acuerdo con la clase. La encuesta de Kinsey, realizada con 18 mil personas en Estados Unidos en la década de 1940, indicaba que, en asuntos como la masturbación, la homosexualidad, la incidencia de sexo oral, el escarceo erótico, el sexo con prostitutas, las relaciones premaritales o extramaritales o el “desfogue sexual total”, había esquemas de clase significativamente diferentes entre los hombres. Por su parte, para las mujeres las diferencias de clase cumplían una función relativamente menor: sus ideologías de género y edad eran factores mucho más importantes para configurar su conducta. Las encuestas posteriores, aunque indicaban la erosión gradual de los límites entre las clases, han confirmado la permanencia de estas sexualidades de clase. Así, no es sorprendente que haya muchos textos con imágenes de relaciones entre hombres y mujeres (y desde luego entre hombres y hombres) en que la clase, el poder y el deseo sexual están intrincadamente entrelazados.

### 2. Género

La clase, como hemos visto, no es una categoría indiferenciada. Las clases están formadas por hombres y mujeres, y las diferencias de clase y posición pueden no tener el mismo significado para mujeres y para hombres. El género es una división primordial.

Muchas estudiosas feministas han considerado que la elaboración de la diferencia sexual es fundamental en la opresión de las mujeres, ya que la sexualidad no sólo refleja las relaciones de poder entre mujeres y hombres, sino que es esencial para construir y mantenerlas.<sup>45</sup> Como afirmación general esto es claramente cierto. Los esquemas de sexualidad femenina son ineludiblemente un producto del poder históricamente arraigado de los hombres para definir y categorizar lo que es necesario y deseable. Rosalind Coward ha dicho que:

<sup>45</sup> Véanse, por ejemplo, los argumentos de L. Coveney *et al.*, *The Sexuality Papers. Male Sexuality and the Social Control of Women*, Londres, Hutchinson, 1984.

Ser mujer es ser objeto constante de atención y de escrutinio [...]. El deseo femenino es fundamental para toda nuestra estructura social. No debe sorprendernos que sea tan cuidadosamente oscurecido, tan interminablemente perseguido, tan frecuentemente replanteado y reformulado.<sup>46</sup>

Y, desde luego, sigue siendo perseguido, replanteado y reformulado por los hombres. Como ha dicho Richard Dyer, la sexualidad masculina es un poco como el aire: "La respiras todo el tiempo, pero no te das cuenta de que lo estás haciendo."<sup>47</sup> Miramos el mundo a través de nuestros conceptos de sexualidad masculina de modo que, aun cuando no miremos la sexualidad masculina como tal, estamos mirando al mundo dentro de su marco de referencia.

Sin embargo, no sería correcto ver este poder de definición como monolítico ni como incuestionable. Las leyes, la medicina y hasta la opinión popular son muy contradictorias y cambian con el paso del tiempo. Antes del siglo XVIII, la sexualidad femenina se consideraba voraz y devastadora. En el siglo XIX, hubo un esfuerzo constante por informar a la población de que la sexualidad femenina entre las mujeres respetables sencillamente no existía. En el siglo XX ha habido una incitación general a la sexualidad femenina como apoyo a todas las formas de consumismo. La sexualidad de la mujer, en diversas épocas, se ha considerado peligrosa, fuente de enfermedades, medio para transmitir valores nacionales en la época de la eugenesia, guardiana de la pureza moral en discusiones sobre la educación sexual y centro principal de atención en los debates sobre tolerancia y liberación sexual en la década de 1960. La sexualidad femenina ha sido limitada por la dependencia económica y social, el poder de los hombres para definir la sexualidad, las limitaciones del matrimonio, la carga de la reproducción y el hecho endémico de la violencia masculina contra las mujeres. Al mismo tiempo, estas definiciones contradictorias también han brindado la oportunidad para que las mujeres definan sus propias necesidades y deseos. Desde fines del siglo XIX, los espacios aceptables para la autodefinición se han extendido rápidamente para incluir no sólo el placer en el matrimonio, sino también formas relativamente respetables de actividad heterosexual sin matrimonio y sin procreación. No obstante, como observa Vance, apartarse de manera patente y pública de la "condición de mujer 'buena'" —siendo lesbianas promiscuas o ejerciendo una heterosexualidad no tradicional— es un hecho que aún invita al abuso y se utiliza para justificarlo.<sup>48</sup> No se han quebrantado los esquemas del privilegio masculino. Al mismo tiempo, los verdaderos cambios de este siglo y la vitalidad continua del feminismo demuestran que estos esquemas no son inevitables ni inmutables.

<sup>46</sup> Rosalind Coward, *Female Desire. Women's Sexuality Today*, Londres, Paladin, 1984, p. 13.

<sup>47</sup> Richard Dyer, "Male Sexuality in the Media", en Andy Metcalf y Martin Humphries, *The Sexuality of Men*, Londres, Pluto Press, 1985, p. 28.

<sup>48</sup> Carole Vance, *Pleasure and Danger*, p. 4. [Véase n. 7 del cap. 1 para la referencia de la versión en castellano.]

### 3. Raza

Las categorizaciones por clase o género se cruzan con las de etnicidad y raza. En realidad los historiadores del sexo no han ignorado el concepto de raza en el pasado, pero lo han insertado dentro de un marco preexistente. De este modo, el modelo evolutivo de la sexualidad presentado por los teóricos de fines del siglo XIX inevitablemente presentaba a la persona negra —"el salvaje"— como más abajo en la escala evolutiva que el blanco, como más cercana a la naturaleza. Esta visión sobrevivió incluso en los escritos culturalmente relativistas y aparentemente liberales de Margaret Mead. Uno de los atractivos de su descripción de la vida en Samoa era precisamente la idea de que los samoanos, en algún sentido indefinible, estaban más libres de restricciones y más cerca de la naturaleza que los estadounidenses contemporáneos. El mito más constante es el de la insaciabilidad de las necesidades sexuales de los pueblos no europeos y, por consiguiente, la amenaza que representan para la pureza de la raza blanca. El temor al priapismo masculino negro, y la explotación inversa de mujeres negras para que complacieran a sus amos, era parte integral de la sociedad esclavista en el Sur de Estados Unidos durante el siglo XIX y ha sobrevivido en una serie de estereotipos en el siglo XX. Durante el régimen de *apartheid* en Sudáfrica, las prohibiciones de la Ley de Matrimonios Mixtos y la sección 16 de la Ley de Inmoralidad, diseñadas para evitar el mestizaje, fueron algunos de los primeros productos de la legislación del *apartheid* que se introdujeron después de que el Partido Nacional llegara al poder en 1948 con una política de segregación racial. Cuando el régimen intentó controlar la crisis del *apartheid* en la década de 1980 remodelando sus formas, uno de los primeros pilares del *apartheid* que trató de eliminar fueron precisamente estas leyes. Como resultado, el régimen recibió severas críticas por parte de los grupos de extrema derecha que decían que todo el edificio del *apartheid* se derrumbaría si las leyes se revocaban. En una escala mundial, en la que la creencia en la superioridad de las normas europeas se revela tal vez con mayor claridad es en la preocupación obsesiva de Occidente por la explosión demográfica en el Tercer Mundo, la cual ha llevado a diversos esfuerzos por parte de los organismos de desarrollo así como de las autoridades locales para imponer los esquemas occidentales de control de la natalidad artificial, a veces con resultados desastrosos, ya que la delicada ecología de la vida social ha perdido su equilibrio. Esto debería servir para recordarnos que las actitudes modernas frente al control de la natalidad están arraigadas tanto en el deseo de las mujeres de limitar su propia fertilidad como en una política eugenésica y de "planeación familiar" cuyo objetivo era la supervivencia y aptitud de las razas europeas. Algunos elementos de este pasado eugenésico son comunes en las prácticas actuales. En Israel, las familias judías reciben más subsidio para los hijos que las familias árabes, mientras que en Inglaterra la peligrosa inyección anticonceptiva, Depo Provera, se ha aplicado casi exclusivamente a mujeres negras y muy pobres. En un estudio se encontró que había incluso más folletos de control de la natalidad en clínicas de planeación familiar en lenguas asiáticas que en inglés. Detrás de todos estos ejemplos está la suposición de que hay una

norma de conducta sexual civilizada y apropiada que todos deben respetar. A su vez, esta creencia está codificada en una serie de prácticas que van desde las leyes de inmigración hasta la propaganda de control de la natalidad, desde las actitudes médicas hasta la patologización de distintos esquemas de vida familiar en la psicología y la sociología.<sup>49</sup>

No es sorprendente, entonces, que muchos pueblos negros y de minorías étnicas en países occidentales y en el Tercer Mundo rechacen los análisis contemporáneos de las políticas sexuales radicales y feministas, pues irremediablemente poseen un trasfondo racista más o menos inconsciente. Esto ha llevado a la presentación y el desarrollo de formas de política sexual que son específicas de la experiencia de la gente negra y que simultáneamente están comprometidas con políticas antirracistas.

Los límites entre raza, género y clase inevitablemente se traslapan. La gente negra en Inglaterra, que es la más sometida a las prácticas racistas, tiende a ser de la clase obrera, mientras que la definición de pertenencia a un grupo étnico por lo general depende de que se lleven a cabo con éxito los atributos de género. El poder funciona sutilmente a través de una serie compleja de prácticas entrelazadas. Como resultado, los cuestionamientos políticos a las formas opresivas son complejos y a veces contradictorios. Por lo tanto, las políticas sexuales nunca pueden ser una forma única de actividad. Están enmarañadas en toda la red de contradicciones y antagonismos sociales que conforman el mundo moderno. Sin embargo, hay un punto importante que puede derivarse de este análisis. En lugar de considerar la sexualidad como un todo unificado, debemos reconocer que hay diversas formas de sexualidad: de hecho, hay muchas sexualidades. Hay sexualidades de clase y sexualidades específicas de género, hay sexualidades raciales y sexualidades de lucha y elección. La "invención de la sexualidad" no fue un acontecimiento único, ahora perdido en el pasado remoto. Es un proceso continuo que simultáneamente actúa sobre nosotros y del que somos actores, objetos del cambio y sujetos de esos cambios.

<sup>49</sup> Véase el resumen de datos en Valerie Amos y Prithvi Parmar, "Challenging Imperial Feminism", en *Feminist Review* julio de 1984, no. 17, y Flora Anshin y Mira Yuval-Davis, "Contextualizing Feminism — Gender, Ethnic and Class Divisions", *Feminist Review* invierno de 1983, no. 13.